

La huella del reinado de los Reyes Católicos en el pensamiento español moderno es tema de interés muy vivo si se trata de evocar aquella época gloriosa; porque la obra de estos monarcas es el ápice de mayor esplendor que España alcanzó nunca, y su interpretación resulta fundamental cuando se intenta comprender el curso de nuestra historia en conjunto.

¿Filosofar, pues, sobre los Reyes Católicos? No hagamos hincapié en términos espinosos, pero vayamos derechos a considerar la importancia y la necesidad de estos estudios que tratan de profundizar en la Historia, de buscar la realidad histórica, persiguiendo como decía uno de los mayores historiadores modernos, la vena espiritual de las cosas.

Estas miradas escrutadoras no se detienen en los datos de la investigación particular, sino que pretenden penetrar a través de ellos en busca de más hondas y recónditas verdades. Y es cierto que a veces quien así mira no co-

noce como debiera las humildes y fructuosas investigaciones si en las cuales nada duradero puede edificarse. pero esta y otras imperfecciones no deben invalidar la obra del pensamiento.

Con el que atañe a los Reyes Católicos habría para escribir un libro de las más ricas visiones y observaciones sobre la obra histórica de tan incomparable pareja. (La cual, por cierto, en ninguna parte creo haya sido citada con tanto realismo y rotundidad como por Juan Margarit y Moles, el gerundense, cuando dice, con el mayor desenfado y la mayor verdad, de los serenísimos Don Fernando y Doña Isabel: «Qui succedentes paternis et autis regnis, ipsa copula, utriusque Hispaniae ceterioris et ulterioris unionem fecistis»).

Pero aquí sólo podemos dar algunas breves muestras de cómo se ha extraído el jugo significativo al reinado mayor de nuestra historia.

J. L. V. D.

VOZ UNÁNIME

«Hoy, con la misma verdad que en tiempo del buen Cura de los Palacios, repite la voz unánime de la Historia, y afirma el sentir común de nuestro pueblo, que en tiempo de los Reyes Católicos «fué en España la mayor empinación, triunfo é honra é prosperidad que nunca España tuvo». Porque si es cierto que los términos de nuestra dominación fueron inmensamente mayores en tiempo del Emperador y de su hijo, y mayor también el peso de nuestra espada y de nuestra política en la balanza de los destinos del mundo, toda aquella grandeza, que por su misma desproporción con nuestros recursos materiales tenía que ser efímera, venía preparada, en lo que tuvo de sólida y positiva, por la obra más modesta y más peculiarmente española de aquellos gloriosos monarcas, a quienes nuestra nacionalidad debe su constitución definitiva, y el molde y forma en que se desarrolló su actividad en todos los órdenes de la vida durante el siglo más memorable de la Historia. Lo que de la Edad Media destruyeron ellos, destruído quedó para siempre: las instituciones que ellos plantearon o reformaron, han permanecido en pie hasta los albores de nuestro siglo; muchas de ellas no han sucumbido por consunción, sino de muerte violenta; y aun nos acontece volver los ojos a algunas de ellas cuando queremos buscar en lo pasado algún género de consuelo para lo presente.

Aquella manera de tutela más bien que de dictadura, que el genio político providencialmente suele ejercer en las sociedades anárquicas y desorganizadas, pocas veces se ha presentado en la Historia con tanta majestad y tan fiero aparato de justicia».

(Menéndez Pelayo: «Historia de la poesía castellana en la Edad Media». Vol. 3.º, pág. 7, Madrid, 1916.)

LAS DOS RESTAURACIONES

«La organización política dada a la nación por los Reyes Católicos había de tener como complemento una restauración intelectual, que diere a las obras del espíritu más amplia intervención en la vida y una restauración de las fuerzas materiales del país,



empobrecido por las guerras. Mas estas dos obras requerían mucha constancia y mucho esfuerzo: la primera fué iniciada con brillantez, porque el impulso partió de los reyes y de los hombres escogidos de que supieron rodearse; pero la segunda, que era más obra de brazos que de cabeza y más de sudar que de discurrir, tenía que descansar sobre los hombros del pueblo trabajador, el cual, no encontrándose en la mejor disposición de ánimo para entrar en faena, acogió con júbilo la noticia del descubrimiento del nuevo mundo, que atraía y seducía como cosa de encantamiento. Y dejando las prosaicas herramientas de trabajo, allá partieron cuantos pudieron en busca de la independencia personal,

representada por el «Oro»; no por el oro ganado en la industria o el comercio, sino por el oro puro, en pepitas».

(Ganivet: «Idearium español», pág. 44, Madrid, 1923.)

LA ESPAÑA COMPACTA Y ELÁSTICA

«Siempre ha sorprendido que del estado miserable en que nuestro pueblo se hallaba hacia 1450 se pase, en cincuenta años o poco más, a una prepotencia desconocida en el mundo nuevo y sólo comparable a la de Roma en el antiguo. ¿Brotó de súbito en España una poderosa floración de cultura? ¿Se improvisó en tan breve período una nueva civilización, con técnicas poderosas e in-

sospechadas? Nada de esto. Entre 1450 y 1500 sólo un hecho nuevo de importancia acontece: la unificación peninsular.

Tuvo España el honor de ser la primera nacionalidad que logra ser una, que concentra en el puño de un rey todas sus energías y capacidades. Esto basta para hacer comprensible su inmediato engrandecimiento. La unidad es un aparato formidable, que, por sí mismo y aun siendo muy débil quien lo maneja, hace posibles las grandes empresas. Mientras el pluralismo feudal mantenía despararramado el poder de Francia, de Inglaterra, de Alemania, y un atomismo municipal disociaba a Italia, España se convierte en un cuerpo compacto y elástico.»

(J. Ortega y Gasset: «España invertebrada», pág. 163, Madrid, 1922.)

NO FUÉ EN VANO

«Otro ejemplo de la utilidad inmensa que puede derivarse de la tradición, cuando se la acepta como escuela, lo encontramos en la justicia y en su administración. No cabe duda de que ambas fueron excelentes en España durante siglos. El paradigma de Isabel la Católica recorriendo a caballo las vastedades de su reino, para presidir los juicios de la Santa Hermandad, hizo que nuestra Monarquía concediera durante siglos esencial importancia a la justicia. Y hoy reconocen los historiadores que no fué en vano.»

(Ramiro de Maeztu: «Defensa de la Hispanidad», pág. 253, Madrid, 1934.)

HACIA FINES UNIVERSALES

«Ambas tendencias, la política y la religiosa, se combinan en una serie de medidas tendentes a reforzar el Estado. Una mano de hierro reduce a la obediencia a los díscolos nobles y unifica la legislación; las libertades municipales, aun conservando sus formas externas, van poco a poco cayendo bajo la autoridad y el dominio reales; se define con exactitud el valor de la moneda y se uniforma todo el territorio; se crea una política comercial de carácter proteccionista, no siempre bien inspirada y generalmente concebida con excesiva confianza en la reglamentación estatal y en la intervención de la Corona en materia económica; la mano y la mente de los reyes se sienten por doquier.

Así reforzada, la nación, ya una, sale al exterior e invade los campos de la historia universal. Si la inspiración religiosa de la reina castellana prevalece en los asuntos interiores, el genio político del rey aragonés y las tradiciones mediterráneas de la Corona de Aragón triunfan en política extranjera. El valle del Ebro se orienta hacia el Sureste. Cataluña es rival natural del rey de Francia sobre el Rosellón, catalán de raza y lengua, francés por necesidad geográfica. El duelo será, pues, contra el rey de Francia, y el campo de batalla, Italia. Después de muchas vicisitudes y episodios, la rivalidad termina con la victoria del rey de España, que al morir en 1516 deja a su heredero las islas de Cerdeña y Sicilia, más la mitad de la península italiana y todo el Rosellón.

Pero no fué la guerra su único método para establecer la supremacía de España. Los Reyes Católicos entretejieron una tupida red de matrimonios reales, que, aun después de desgarrada por la mano cruel de la muerte, logró captar grandes riquezas políticas para la Casa de España. Todas sus hijas se casaron políticamente: Isabel, con el duque de Beja, heredero de la Corona de Portugal; Catalina, con Enrique VIII de Inglaterra; Juana, con Felipe el Hermoso, jefe de la Casa de Borgoña. A la muerte de Fernando,

que sobrevivió a Isabel doce años, Carlos, hijo de Juana la Loca, se encuentra rey de España, de la mitad de la península italiana, de los Países Bajos y de una porción considerable del nordeste y sudeste de lo que es hoy Francia.

Tal era la base política que Fernando preparó para que el espíritu de Isabel se elevase, por encima de las limitaciones nacionales, hacia fines universales.”

(Madariaga: «España», pág. 46, Buenos Aires, 1944.)

A PRUEBA DE DESVENTURAS

“Para este servicio teórico, escribió el secretario florentino Nicolás Maquiavelo su tratado “El Príncipe”, en el cual, además de querer establecer el superior derecho de cada soberano en su dominio particular, da, con gran lucidez y perfidia, los medios para conservar y acrecentar este poder, sin excluir los inmorales; por lo cual suele llamarse todavía “maquiavelismo” la tendencia a justificar, por la excelencia de un fin, los medios de cualquier clase empleados en su utilidad. Pasó entonces y sigue pasando como el modelo que había servido al florentino para componer su tratado el Rey Don Fernando de Aragón, el marido de Isabel la Católica, Fernando, más aun que la misma Isabel, sintió la unidad de España, y aunque el famoso “Testamento” de la Reina, muerta mucho antes que él, parecía tender a una recaída a la separación entre Castilla y Aragón y, por consiguiente, a los desmenuzamientos del sistema feudal, no sólo supo aquél mantener, a prueba de desventuras, el ideal de una Monarquía absoluta en lo que ya por entonces empezaba a considerarse como “la nación”, sino que inauguró el sistema de reforzar la substantividad de ésta mediante una trama hábil, y muchas veces secreta, de pactos y alianzas internacionales, base de lo que después se ha llamado “política del equilibrio europeo”, y que sustituía de este modo, mejor dicho, remendaba, las consecuencias disgregatorias que tenía la debilitación del poder del soberano único, es decir, del Emperador.”

(E. d'Ors: «La Civilización en la Historia», pág. 156, Madrid, s. f.)

REPARTO DE PAPELES

“Queda, en fin, la cuestión de las personalidades enérgicas, que amenazan siempre en convertirse en díscolas. Cúrese de que estamos en el Renacimiento, de que coincidimos

aproximadamente con la Reforma, sazón de individualidades señeras y atrozmente sedientas de gloria. Maquiavelo tiene dos caras: la cara que mira al Emperador, al cual se quiere desvanecer, y la que mira al rival, al émulo, al condotiero, al aventurero, a los cuales conviene cortar las alas después —política— de haberles impulsado a volar. Aquí parece como si entre Isabel y Fernando mediara un reparto de papeles. Respecto de todos los héroes que Dios suscita —el Gran Capitán, Colón, Cisneros, en primera fila—, la Reina se encarga de la misión que consiste en descubrirlos, animarlos, exaltarlos, darles relieve, hacerlos brillar, obtener de su virtud todo lo posible. Luego, ya vendrá el Rey a limitar, a reducir, a atar corto, evitando cualquier amenaza de rebelión y, por consiguiente, de un desorden, hijo de la embriaguez de la gloria, en estos personajes llevados a las nubes. La diferencia de sexo y temperamento sirve a los soberanos en la coyuntura. Acaso, ni siquiera les ha sido preciso ponerse de acuerdo. Obedeciendo a sus propios instintos cada uno, defienden los dos la causa común: la una, con el instrumento de la femenina intuición; el otro, con el de la prudentísima diplomacia.”

(D'Ors: «Epos de los destinos», pág. 368, Madrid, 1943.)

LA SUSTANCIA ESPIRITUAL

«Estos dos caracteres—el nacional y el religioso—que definen la esencia de la expansión española por el mundo, no son realmente otra cosa que la manifestación necesaria del alma española, de la Hispanidad, cuya sustancia espiritual acaba de madurar durante el reinado de los Reyes Católicos, después de casi ocho siglos de germinación en la Península. La nación española sabe ahora que su definición, su sustancia ideal, la misión que Dios le ha conferido en la economía del mundo es nada menos que la defensa de la fe cristiana...»

El empujón mecánico del pasado los lanza fuera de la Península. La política de España se hace mundial. Y no será inútil subrayar aquí este detalle: que la primera—y quizá la única—política mundial que aparece en la historia humana es la política española del siglo XVI. Y no por casualidad ni por virtudes particulares de los españoles que rigieron los destinos de la Hispanidad en ese siglo, sino porque la esencia misma del alma hispánica destinaba providencialmente a España a ser la primera en practicar esa política».

(M. García Morente: «Ideal de la Hispanidad», págs. 224 y 225, Madrid, s. f.)

